

## La antigua industria rural del carboneo, en Navarra

El laboreo del carbón vegetal era una industria básica hasta bien entrado nuestro siglo en los valles pirenaicos, Esteribar, las Améscoas, y al amparo de las grandes masas forestales de Aralar, Urbasa y otras, como en el valle de Aézcoa.

Estas industrias locales que han terminado en una decadencia total, como consecuencia del progreso técnico que poco a poco fue imponiendo la fabricación al estilo americano con retortas de gran capacidad para el aprovechamiento del alcohol metílico, del ácido acético, de la acetona, del acetato de cal, de la brea vegetal y como producto final el carbón vegetal, aunque de inferior calidad al obtenido por nuestros típicos y esforzados carboneros en sus «txandoras», que nosotros vamos a marginar pese a su interés económico e industrial, por carecer de significado etnográfico, centrándonos únicamente en el estudio del procedimiento ancestral, como corresponde a este estudio.

Siguiendo las dos láminas ilustrativas de este trabajo, empezaremos por el perfil núm. 1 que se refiere a la instalación de la «plaza», en pleno monte y en un lugar cercano a la madera abatida. La explicación de esta transhumancia la encontramos en la economía en el esfuerzo; nuestros «ikaskiña» o carboneros ahorran trabajo al elaborar la leña junto a la parcela abatida, ya que el carboneo reduce el peso a la quinta parte; el transporte que se hacía a «baste», en mulos, a razón de cuatro sacos de aproximadamente 40 kilogramos por unidad, representaba un peso de 160. Esta unidad, que se llamaba «carga», era fácilmente acarreada por estos pacientes animales que no hubieran podido con los 800 kgs., que tal hubiera sido el peso de idéntico volumen de madera o leña, equivalente a un metro cúbico. La reducción de densidad, obligaba de tal manera que los carboneros llegaban a instalar estos emplazamientos practicando un pequeño desmonte y, cuando el terreno era rocoso y ofrecía resistencia, procedían a la construcción de un «trampa» mantenida con varios puntales, según el perfil 2 de las ilustraciones.

El carbonero de Eugui Francisco Soto, de 75 años, asegura que era aconsejable prevenirse de las posibles y casi siempre seguras lluvias en estas

zonas montañosas evitando el encharcamiento abombando un poco el terreno de la «plaza».

Las técnicas de cocción varían en las diferentes «plazas»; mientras en la de suelo firme la respiración es por el casco, en las de «trampa» o suelo parcialmente voladizo, la respiración es por el fondo, la mitad de la pira.

Una vez allanado el terreno y bordeado el lugar con tierra muy fina, empleaban un palo —«tzozt»— y una horquilla para dibujar el círculo correspondiente; otros carboneros usaban para ello un simple cordel.

En el núm. 6 se muestra la colocación del principio de la chimenea, gracias a cuatro tablas planas de 1,4 m. de longitud que se clavaban en el suelo dejando un espacio interior de unos 25 cms., sujetando la parte superior con ramas.

El término euskaro «ilintxo» se aplicaba a los trozos de leña que quedaban parcialmente carbonizados por efecto de descuidos en el proceso que, por regla general, era seguido con particular esmero, ya que de ello dependía el talo de los familiares del carbonero.

En el perfil 8 se aprecia la forma de colocar las leñas o «adakis», sobre el suelo y de forma radiada y sobre ellas ramas para hacer un aislamiento. Los carboneros amescoanos colocaban sobre el suelo dos tablas horizontales, como se aprecia en la figura 9, que servían para la respiración y para pegar fuego al centro de la «txandoña»; pero en Eugui recojo la opinión de los viejos que afirman que esta técnica aceleraba la cocción dando un producto de peor calidad y más blando. El buen carbón —dicen— debe tener un sonido metálico y corresponde a la calidad óptima que solamente se logra con una elaboración esmerada.

De la figura 10 mostrando la planta de cocción ya iniciada, pasamos a los dos perfiles siguientes; el primer piso del cono, sobre su base de «adakis» y ramas comienza agrupando en torno a la chimenea las ramas más finas, terminando con las muy gruesas y de hasta 200 kilogramos, o sea un cuarto de metro cúbico, rellenando los espacios libres con trozos más pequeños para terminar este piso con ramas delgadas.

En la figura 13 se marca la disposición de la continuación de la chimenea, con ramitas cortas entrecruzadas, de unos 20 cms. de largura y apiladas en cuadro.

El siguiente perfil nos muestra ya un horno de tres pisos y casco, cuya primera planta tendría 1,4 m. siendo las siguientes menos anchas y de madera más fina, para facilitar la elevación.

Una vez concluida la pira, como se aprecia en la siguiente ilustración, se rodea de leñas muy delgadas y muy juntas para sostener la tierra y las hojas que deben cubrirla totalmente; la primera capa de hojarasca —«or-

bel»— debe tener 20 cm. y estar húmeda para que en la operación de cubrimiento no sea arrastrada por el viento.

Siguiendo en la figura 17, veremos la capa superior de tierra fina y muy aplastada para evitar la respiración incontrolada; esta operación la realizan con una pala especial de madera.

Las dimensiones de una carbonera son: de 7 a 8 metros de diámetro en la base y 5 metros de altura, con capacidad volumétrica de 40 cargas, es decir, 160 sacos de 35 a 40 kilogramos y una entidad ponderal de 6.400 kilogramos de carbón obtenido con una procedencia en madera de 32.000 kilogramos.

Francisco Soto, nuestro veterano carbonero, afirma que una pira de 120 a 140 cargas es muy manejable y que brinda un excelente aprovechamiento; recuerda haber realizado cocciones de hasta 300 cargas; pero cree que éstas no dan tan buenos resultados técnicos y las contempla ahora como excepcionales.

Veamos las imágenes 19 y 20 mostrando el sistema de acceso, mediante escaleras de paralelas y travesaños o la siguiente todavía más elemental, un tronco con hoscas practicadas con hacha, que servirá para que el leñador y carbonero sea el verdadero equilibrista de los bosques.

Tras la pesada y lenta preparación, ya dispuesto el «txandoña», se practican cuatro agujeros en la parte baja, de unos 15 cms. mediante un palo afilado. El viento puede aconsejar que los agujeros de la parte que azota a la pira se supriman quedando abiertos solamente los de la parte contraria. De todas maneras, la regulación del tiro es fundamental y el carbonero sabe hacerlo, para que la cocción sea lenta, en orden a la mejor calidad del producto tanto como para evitar la deflacción instantánea, lo cual destruiría el esfuerzo de casi un mes de laborioso ajeteo.

Se pega fuego llenando de brasas hasta la mitad de la chimenea desde el casco o cumbre de la pira en unas técnicas, o bien por la parte lateral, a través del túnel de respiración, según el uso de las Aézcoas.

Los agujeros se practican en la parte superior o casco para que el proceso de cocción vaya de arriba a abajo. Se alimenta la pira con «betegañi», que es leña pequeña bien picada, dos veces al día, en los dos o tres primeros y una sola vez, a la caída de la tarde, en los sucesivos.

Encuentro discrepancias en cuanto al ritmo de cocción; es de una carga por día, según informes de Evaristo Errea, lo cual supondría 30 o 40 días para una carbonera media. Por el contrario, Francisco Soto afirma que el tiempo es de 10 a 15 días para una de proporciones corrientes en los montes de Eugui.

## SERAFÍN ARGAIZ SANTELICES

A medida que va cociéndose la leña se opera una disminución de volumen y, sobre todo, de peso; pueden aparecer espacios vacíos que el carbonero debe llenar descubriendo la envuelta, introduciendo una larga vara, a fin de agrandar el espacio libre, y echando «betegañi» que podrá nuevamente cocerse, volver a cubrir la carbonera dejando cruzados en la parte superior o casco algunos leños. La figura 26 muestra una ruptura de la envuelta de hojas y tierra —«orbelzulo»— que debe ser rápidamente reparada para evitar el inmediato incendio de toda la masa; una labor de constante vigilancia del carbonero es imprescindible. Muchos de ellos acostumbraban a dormir junto a la pira las dos primeras jornadas pudiendo luego cuidar, a distancia, la marcha de la cocción valiéndose del indicio del humo que debe desprenderse en forma de una nubecilla blanca.

La última fase, figura 27, muestra la pira calda, que ha alcanzado la mayor temperatura, llegando a fundirse la capa de tierra fina que la cubre; la operación de enfriamiento consiste en quitar la tierra caliente y pulverizarla; con dicho polvo se vuelve a cubrir el carbón, brasa, de manera que al cerrar los poros se va enfriando sucesivamente; esta operación dura varios días; el carbonero sufre lo indecible con el tremendo calor que va desprendiéndose hasta el enfriamiento total que permita ensacar el producto de este laboreo.

Con la ayuda de un gancho —«mako»— se van sacando las leñas carbonizadas en círculo y rociándolas de polvo, como queda dicho, hasta su completo enfriamiento y ensacado en sacos de yute, muy fuertes, quedando la parte superior opuesta al fondo cosida con una cuerda como puede verse en la figura correspondiente. Usan una horquilla doble para el transporte de la leña, figura 30, todo lo cual no podría conjugarse sin una fortaleza y habilidad de los carboneros realmente notables.

Hasta el año 1960 —nos cuenta don Guillermo Oroz, secretario del Ayuntamiento de Eugui— se marcaban en el monte lotes cuyo aprovechamiento era de 40 a 60 cargas y se sorteaban entre el vecindario. En aquellas fechas se carboneaba la totalidad de la madera de haya, troncos incluidos, y después se comenzó a aprovechar éstos al amparo de su revalorización.

Una familia de profesionales carboneros debía hacer al año unas 300 cargas, o sea, 1.200 sacos de a 40 kilogramos, 48.000 kilogramos en bruto, con un peso de «procedencia» del orden de los 240.000 kilogramos de leña o madera.

Quede, pues, constancia de esta ejecutoria laboriosa y recia, para subsanar el olvido de un sector montañés benemérito.

Serafín ARGAIZ SANTELICES



Foto núm. 1.—Francisco Soto, de setenta y cinco años, forma hoy la guardia de los veteranos carboneros rememorando con indescriptible entusiasmo sus trabajos al frente de su "txandora", la artesanía montañesa en los bosques del Pirineo navarro.



Foto núm. 2.—Espejándose en el flamante pantano, en la cabecera del valle Esteribar, Eugui vive en una inmensa paz de un día brumoso, el pueblo más carbonero de la geografía de nuestra tierra.





